

BEETHOVEN Y GOETHE EN 1812

UN INTENTO DE RECORRER ALGUNOS CAMINOS NO HABITUALES EN LA BIOGRAFÍA DE LUDWIG VAN BEETHOVEN

Elisa Agudéz *

1. Austria entre dos siglos

Las fuerzas históricas que provocaron la explosión de la Revolución Francesa en 1789 continúan a través de las tensiones y guerras europeas su profunda labor transformadora de la sociedad en los comienzos del siglo XIX.

En abril de 1792, fecha de la declaración de la guerra de Francia, todavía república, a Austria, comienzan las primeras contiendas entre una Coalición siempre cambiante y una Francia dispuesta a sorprender una vez más al resto de Europa con nuevas visiones y posibilidades.

Menos de dos meses antes de estos sucesos, el día 1 de marzo, había muerto el Emperador Leopold II de Austria después de sólo dos años de reinado. Si bien no tan progresista como su hermano y predecesor Josef II (uno de los mejores representantes de la Ilustración y reformador extremo e incómodo para el Antiguo Régimen), había sabido llevar a buen término muchos de los cambios provocados por aquél y supo hacer concesiones, a las cuales no estuvo siempre dispuesto el llamado "Josefinismo".

En el Bonn de Ludwig van Beethoven dirige la política desde 1784 el hermano de los dos anteriores monarcas e hijo menor de Maria Teresa, el Elector Max Franz. Progresista y culto, como los otros miembros regentes de su familia, apoya no solamente las artes sino también el desarrollo de la educación en su pequeño principado, siempre con la conciencia del respaldo político de la casa real de los Habsburgo en Viena. La fundación de la Universidad de Bonn en 1786 es una de las premisas más importantes para la permeabilidad de las ideas revolucionarias francesas al otro lado del Rin. El joven Beethoven es uno de los numerosos oyentes de las clases de Eulogius Schneider (masón de la

* Elisa Agudéz ha sido profesora de los Cursos de Especialización Musical del Aula de Música de la Universidad de Alcalá.

Orden de los Iluminados y propagador comprometido y entusiasta de las nuevas ideas) juntamente con otros jóvenes de la nueva y medrante burguesía de Renania. La inscripción de Beethoven en la Universidad data del 17 de mayo de 1789, y es muy posible que, al llegar la noticia a Bonn de la Toma de la Bastilla, el compositor se encontrara entre los oyentes de Schneider, cuando éste declamó desde la Cátedra su poema ...“Las cadenas del despotismo están rotas. Pueblo feliz...! El francés es un hombre libre!”...

En Viena va a iniciarse un cambio decisivo en la atmósfera política. La causa principal es la subida al trono del último monarca del Sacro Imperio Germánico, Franz II. Triste figura de la Historia, obscurantista de miras estrechas, favorecedor de policías y delatores, va a configurar el escenario de la vida pública de Beethoven hasta el final de sus días. Cuando éste parte de Bonn para Viena para trabajar con Joseph Haydn el 2 de noviembre de este año memorable, piensa con seguridad en una vuelta a su ciudad natal y en la reincorporación a su trabajo como músico de la corte de Max Franz. Dificilmente podría suponer que en menos de dos años Bonn sería la subprefectura de un departamento francés y que su vida transcurriría en la capital austriaca.

Beethoven llega a Viena el 10 de noviembre después de un viaje difícil a través del campo de batalla en Hessen.

El 13 de noviembre tiene lugar la 100ª representación de *La Flauta Mágica*.

El 19 de noviembre declara en París la Convención Nacional, en nombre de la Nación Francesa, “que apoyará a todos los Pueblos que estén decididos a recuperar la Libertad”.

La Primera Guerra de la Coalición contra Francia dura hasta 1797. En sus comienzos consiste en una lucha contra los principios revolucionarios que Austria y sus aliados consideran altamente peligrosos para sus gobiernos. Pero no pueden impedir las aspiraciones de sus pueblos por una mayor libertad, y así se producen innumerables cambios en un sistema en gran parte todavía feudal, concedidos por gobernantes que ya no pueden detener el avance de la Historia.

Al mismo tiempo, y frente a las aspiraciones francesas de hegemonía sobre Europa -aspiraciones que ya no tienen nada que ver con la ideología revolucionaria- empiezan a aparecer los primeros brotes de un Nacionalismo político, y con ello el ambivalente fantasma de la Nación Alemana.

Al terminar esta primera fase de la guerra en octubre de 1797 con la Paz de Campo Formio, Austria tiene que aceptar definitivamente la separación de los estados de la orilla izquierda del Rin (el príncipe Max Franz había huido ya de su corte de Bonn frente a la invasión de los franceses en 1794; desapareció así la orquesta y el puesto de trabajo de Beethoven. Sin más esperanzas concretas de volver a sus tierras renanas, sin otra perspectiva de ganarse la

vida que como "artista libre", y en una época llena de cambios, guerras y agitaciones continuas, comienza el "exilio" de Beethoven, que durará hasta el final de sus días. Este exilio, dentro de los estados germanos, será más bien de carácter interior y espiritual, por cuanto supone su obra y su vida como compositor frente a la sociedad aristocrática, reaccionaria, de claras reminiscencias feudales del *ancien régime* en Viena; una sociedad, sin embargo, que cultiva el arte de la música como ninguna otra sociedad en Europa. Beethoven es apoyado, celebrado admirado y reconocido. Sin este mundo vienés no habría sido posible su producción musical. Su postura personal frente a él será siempre contradictoria, entre lucha y aceptación. No así su postura política o su conciencia artística que permanecerán claras a través de las innumerables paradojas de su personalidad.

A esta primera guerra de la coalición contra Francia y con un Napoleón Bonaparte firmemente asentado ya en el teatro histórico, sigue una segunda contienda (1799-1802) que da lugar a radicales cambios en el mapa de Europa. Francia es la absoluta vencedora, y bajo su influjo se perfilan cada vez más estados alemanes como Prusia, Baviera, o Baden, entre otros. Napoleón da el paso decisivo en diciembre de 1804 y se hace coronar Emperador de los franceses. Franz II contestará a esto, viendo perdida su posición como emperador del Sacro Imperio Germánico tomando él igualmente el título de Emperador de Austria bajo el nombre de Franz I (1806-1835).

La postura de Beethoven ante Napoleón Bonaparte y las Guerras con Francia es de sobra conocida, y tiene su símbolo más claro en la *Sinfonía "Eroica" op. 55* (1804). Y por supuesto asume también el patriotismo que le rodea, pues la amenaza personal y los problemas resultantes de la guerra, sobre todo cuando se acerca la toma de Viena por los franceses, son indudables. No obstante, su admiración por Napoleón sigue ahí, pues no se trata de algo superficial propio de los ardores políticos de su juventud, sino de un auténtico interés y una profunda formación política que se verá documentada durante toda su vida.

La guerra continúa con coaliciones cada vez más sorprendentes, y Austerlitz (2 de diciembre en 1805) se convierte en el gran triunfo napoleónico que le concede definitivamente el poder en Europa. Los franceses están ya en Viena desde el 12 de noviembre, y entre esta fecha y Austerlitz tiene lugar el estreno de *Fidelio* con un público de soldados invasores que no pueden comprender los grandes temas beethovenianos del amor a la libertad y el amor conyugal. Los aristócratas vieneses, público habitual del compositor, han huido de la ciudad -como todos los que han podido hacerlo- a sus posesiones en Hungría o Bohemia. Los únicos que le permanecen fieles son su amigo de infancia de Bonn Stefan von Breuning y su mecenas el príncipe Lichnowsky con su familia.

Con este último, y a pesar de la profunda relación que les ha unido durante largo tiempo, va a tener Beethoven una discusión que ejemplifica de manera ideal la contradicción cada vez más presente entre su mundo y la aristocracia. Habiéndose retirado el príncipe a su castillo en Schlesia en medio de la invasión napoleónica de Prusia, intenta establecer una relación diplomática con oficiales del ejército francés que están alojados en su mansión al mismo tiempo que Beethoven. Después de una comida les promete, para halagarles, en su papel de señor feudal, una actuación al piano del famoso compositor y pianista. Beethoven, en parte ofendido por la total ignorancia artística de los franceses, y sin lugar a dudas y principalmente por el uso que pretende hacer de él Lichnowsky, se rebela con todas sus fuerzas. Tiene lugar una discusión violentísima en la cual tienen que intervenir los allí presentes para que no se golpeen. Beethoven abandona el castillo en medio de la noche bajo una lluvia torrencial. En su maleta se encuentra el manuscrito dañado por el agua de la *Sonata "Appassionata" op. 57*. Y antes de partir para Viena le hace llegar a Lichnowsky las famosas líneas: "Príncipe, lo que vos sois, lo sois por casualidad y nacimiento; lo que yo soy, lo soy por mí mismo. Príncipes hay y habrá a millares. Beethoven sólo hay UNO". Nos encontramos en septiembre de 1806. En este año ha terminado Goethe la primera parte del *Fausto*.

El segundo protagonista de Teplitz, Johann Wolfgang von Goethe

Después de la muerte de su gran amigo Friedrich Schiller en 1805, se puede decir que comienza una nueva etapa para Goethe, tanto en su vida privada como en su actitud ante el mundo. En el transcurso de la Cuarta Guerra de la Coalición (1806-1807), que supone una derrota completa para Prusia, tienen lugar en octubre de 1806 las batallas de Auerbach y Jena, en las cercanías de Weimar. Después de los ataques de los cañones, que alcanzan las proximidades de su casa y la huida de las tropas prusianas, comienzan los saqueos de los soldados franceses, los destrozos e incendios de la ciudad. La enérgica intervención de su compañera Christiane Vulpius salva al escritor y su morada de las peores consecuencias; él mismo casi no puede reaccionar. Cinco días más tarde, y como respuesta a estos sucesos se casa Goethe con Christiane. La sociedad aristocrática e intelectual de la época, quizás con la única excepción de la madre de Schopenhauer, boicotea y aísla a la Vulpius, lo cual no representa un gran problema para el escritor; su arte está por encima de todas estas pequeñeces. Él mismo mantiene frente a las guerras, que en realidad tendrían que afectarle en gran manera, una posición muy distante, de observador neutral con una postura casi olímpica. Su admiración por Napoleón, en cambio, crece todavía más después de la batalla de Jena. Para él el Emperador es el hom-

bre que superó la Revolución Francesa, y en estos momentos el artífice de un nuevo orden en una Europa destrozada física y políticamente. Su encuentro en octubre de 1808 en Erfurt representará para Goethe uno de los puntos culminantes de su vida.

Todas estas ideas le supondrán un cierto aislamiento a causa de la postura antinapoleónica de su entorno, a lo cual se suma la negativa reacción ante su matrimonio. Sin el fructífero contacto con Schiller, se vuelve cada vez más hacia el interior de su espíritu y se concentra en su arte como sistema equilibrante y ordenador. Las reservas frente a los románticos se acentúan, y con todo el respeto para los autores (a menudo sus amigos), se distancia cada vez más de sus producciones.

La guerra continúa y los intentos de Napoleón de mantener "su" orden proliferan en todos los niveles con innumerables pactos y repartos del poder entre asociados y familiares. Dos naciones permanecen sin embargo fuera de su control : Inglaterra y Rusia. La primera se le escapará siempre de las manos. En un intento de muy escaso éxito (por las complicaciones que representa), la intenta aislar, al menos económicamente, por medio del bloqueo continental (1806). Con Rusia, o mejor dicho, con el zar Alejandro I, llega en Tilsit (1807) a un acuerdo que parece darle una seguridad respecto a la vigente situación europea. Los perdedores son ante todo Prusia, pero también Polonia y Finlandia, casi una constante de la Historia. Con Austria establecerá en 1810 lazos familiares directos tomando en matrimonio a la jovencísima hija de Franz I, Marie-Louise, apoyado para ello con las mediaciones -que más bien debieran llamarse intrigas- del Canciller de Estado Metternich, quien años más tarde sería el artífice de la derrota francesa definitiva iniciada en 1813 en Leipzig, así como el constructor del nuevo "orden sin Napoleón" del Congreso de Viena. Con Inglaterra y Rusia llegarán las catástrofes de manera semejante.

La decisión de Beethoven de aceptar en 1808 el puesto de Kapellmeister en el reino de Westfalia representa un momento bastante difícil para la "integridad política" del compositor. Este reino había sido creado por Napoleón para su hermano pequeño Jérôme con el objetivo de mantener a Prusia a raya. Jérôme intenta organizar una Corte auténtica según el modelo del Antiguo Régimen alemán, con personalidades destacadas en todos los terrenos, y por lo tanto también en el musical. Beethoven es su hombre, y así se lo hace saber a través de Johann Friedrich Reichardt, el crítico más importante del siglo XVIII, acuñador del concepto de la tríada del clasicismo vienés (Haydn, Mozart y Beethoven), y amigo de Goethe. Beethoven, desesperado por el carácter vienés y lo que él considera la indiferencia intelectual de sus contemporáneos, decide vender su alma y entrar en la misma dependencia personal y artística que vivieron sus antecesores Mozart y Haydn, ... por 600 ducados de oro al año. Y el 22 de diciembre organiza su concierto de despedida, con un programa desmesurado, actuando

como intérprete e improvisador. La obra final es la *Fantasia para piano, coros y orquesta op. 80*, y él intenta, a través de esta obra y su texto, hacer llegar su mensaje al público. Su huida de Viena es probablemente una baza consciente (o más bien inconsciente), y así es comprendida por sus amigos; éstos negocian una posibilidad honrosa para el compositor, que de esta forma puede permanecer en la capital austriaca.

Casi se podría hablar de una salvación en el último momento, pues la rebelión en España es la señal que prepara la unión del resto de los pueblos de Europa contra el que ya es considerado "el invasor". Beethoven toma parte en el entusiasmo nacionalista que le rodea ante la idea de la liberación de Alemania, considerando Alemania como el conjunto de los estados germánicos (incluyendo aquí a Austria). La entrada de Napoleón con 120.000 soldados franceses en Viena el 13 de mayo de 1809, después de violentos ataques, pone fin a las esperanzas. Los saqueos y arrasamientos están a la orden del día y los víveres escasean de forma desesperante. El tributo de los vencidos de 50 millones de florines, estipulado por Napoleón, tiene que ser pagado en un plazo de 48 horas por todos los habitantes de la ciudad (también por Beethoven), proporcionalmente. A todo esto se añaden los indecibles sufrimientos del compositor a causa de los ruidos de los disparos y las minas de las tropas enemigas, colocadas casi bajo su ventana para volar las murallas de Viena, que le dañan el oído, cada vez más enfermo. Un día, por fin, se decide a salir de casa a dar un pequeño paseo y es detenido por los franceses, que ven en él un espía cuando saca un pequeño cuaderno de apuntes. La familia real había huido a comienzos de mayo y Beethoven comienza con la composición de la *Sonata op. 81 "Los Adioses"*: "4 de mayo, Viena, día de la partida de su Su Alteza Real, mi estimado Archiduque". El día 31 de mayo fallece el patriota Joseph Haydn, totalmente entristecido por la humillación infligida a su país. Antes del momento de su muerte, se hace tocar una vez más el himno nacional austriaco compuesto por él.

Y en medio de este caos encuentra Beethoven un interlocutor y espíritu afín, intelectual y humanamente, en la persona del consejero del Tribunal de Guerra de Napoleón, el francés Baron Tremont. En una isla de amistad en medio de la guerra hablaron de los temas más dispares: filosofía, religión, política, Shakespeare... Y planearon un posible viaje de Beethoven a París ("¿...tendría que saludar a Napoleón si fuera a París?"). Tremont anota detalladamente estos testimonios, muy especiales por el momento histórico.

El 8 de septiembre, en medio de la ocupación enemiga dirige Beethoven un concierto benéfico en el teatro. En el programa figura la *Sinfonía "Eroica"*. Y sigue componiendo la *Sonata "Los Adioses"*, el *Quinto concierto para piano y orquesta* y el *Décimo Cuarteto op. 74*. Todas estas obras, al igual que la *Eroica*, están compuestas en mi bemol mayor.

El 14 de octubre es firmada la "Paz de Viena" y el 20 de noviembre abandonan las tropas francesas la ciudad. Con la partida de los franceses no se acaban, sin embargo, las dificultades. El hambre destroza a los vieneses; el estado está endeudado, la ciudad arrasada, una parte de sus habitantes al borde de la ruina, y ya se prevé la terrible devaluación de la moneda que va a causar grandes dificultades a muchos, entre ellos a Beethoven.

2. El camino hacia el verano de Teplitz

Quizás se podría considerar el año 1810 como el punto real de partida para el contacto directo entre las dos grandes personalidades que conducirá a un encuentro extraño y fugaz dos años más tarde. Este encuentro es símbolo de dos mundos que se cruzan por pocos días, en un balneario de moda de Bohemia, en medio de un escenario político y bélico impresionante, rodeados de personalidades representativas de los mundos más diferentes, la realeza en pleno... y la policía de Metternich (esta última, a causa de los controles, es una de las fuentes más importantes para la comprobación de los movimientos en este verano de todos los actores).

Los primeros contactos de Beethoven con los textos de Goethe datan de su época en Bonn, donde él pertenece, por sus amistades, a la sociedad burguesa ilustrada e imbuida en las ideas nacientes; una sociedad que tenía acceso a las nuevas producciones literarias de su tiempo. A esto hay que añadir que Beethoven se encontraba, a través de su trabajo como viola en la orquesta del teatro de la corte del príncipe elector Max Franz, en una situación privilegiada en lo que respecta al conocimiento del mundo dramático, sobre todo si se piensa que Max Franz era un príncipe culto y liberal interesado en el progreso intelectual de sus súbditos.

Al mismo tiempo, Beethoven lee a Schiller y Goethe. Cuando, más de treinta años después, pone música a la "*Oda an die Freude*" en su *Novena Sinfonía*, el resultado será casi una representación del camino realizado en su vida y una declaración de fe. Texto y música se funden en un símbolo gigantesco de innumerables significados, interpretado siempre de nuevo a través de la Historia de la Humanidad. El uso que hace de la producción de Goethe es más concreto y totalmente diferente. Ya desde 1790, utilizará sus textos en diversos tipos de géneros musicales: en total, entre obras terminadas y esbozos, alrededor de una veintena. Entre ellas hay no solamente *lieder*, sino también obras con orquesta como la "Música para el drama *Egmont*" o la cantata *Mar tranquilo y viaje feliz*. En sus composiciones, al igual que en Schubert, será Goethe el poeta más frecuente. Y la mayor parte de los textos utilizados

pertenecen a la primera época del escritor, lo cual no tiene el origen en la apreciación posterior de Beethoven, sino más bien en su desarrollo musical y personal.

Si bien no consta que hablaran nunca los dos artistas sobre el tema, está claro que sus concepciones sobre la combinación texto-música difieren en gran manera. Para Goethe existe en primera instancia el texto, su texto, el cual representa en sí la obra de arte. La música tiene como función comprenderla y apoyarla, y le está en todo momento subordinada. Como él mismo escribe, debe de ser sólo “una reproducción radical de las intenciones poéticas”. Sus ideas musicales a este respecto están totalmente influenciadas por su amigo y contemporáneo el compositor Karl Friedrich Zelter, director de la “Academia de canto” de Berlín (uno de los poquísimos con los que se tuteaba) que es así mismo el compositor ideal de *lieder* para sus poemas. Bajo su influencia considera la composición estrófica de un *lied* en “estrofas”, es decir con una música más bien sencilla que se repite siempre, casi como la única posibilidad que permitiera la expresión pura de la palabra. Goethe no era sin embargo un simple “dilettante” musical. Su formación en este terreno llegaba a mucho más de lo normal, y en el terreno práctico se puede citar que podía tocar muy dignamente el violonchelo y el piano. A esto hay que añadir su papel como organizador de los conciertos que tenían lugar en su propia casa, donde se invitaba a lo más interesante de la vida artística contemporánea. Su sensibilidad hacia la música se podría considerar casi como extrema, y quizás de ahí pueda proceder su postura en cierta manera miedosa y llena de recelos hacia una expresión que le pudiera sacar de su equilibrio anímico y lanzarle hacia el “caos” de los sentimientos.

En Beethoven, como personalidad de su época, se ha producido ya el paso de *lied* popular a *lied* como obra artística, considerando tal como el momento en el cual la unión de música y palabra conducen a algo nuevo con expresión propia trascendente a los dos elementos que ya no pueden ser separados sin perder algo muy esencial del total de la obra de arte. Beethoven, que conoce perfectamente todas las obras de Goethe, parte en todo momento de una posición sumamente respetuosa con las intenciones del escritor e intenta llegar hasta la más profunda comprensión. Incluso en algún caso, como por ejemplo en el *Canto de Mignon* (“¿conoces tú el país en el que florecen los limones?”), refleja en la música la descripción dada por el propio Goethe en el contexto literario de forma magistral. Pero siempre desde la conciencia propia de su genialidad y la igualdad que le une en su arte con el que para él es el mayor poeta alemán.

Una parte muy considerable de las composiciones beethovenianas sobre textos de Goethe nacen en las cercanías de la “Musica para el drama de *Egmont*” de los años 1809-10. La obra es un encargo del teatro de la corte vienés en el otoño de 1809. No está claro cuándo había leído él la obra (que había sido ya editada en 1788); y tampoco se sabe si su compo-

sición tiene el origen en el encargo o si, sumergido en el ambiente de aspiraciones nacionalistas por la libertad originadas por la guerra, este encargo es sólo el elemento externo que hace surgir las fuerzas que reflejan el mundo interno del compositor -no así el de Goethe, que ya se encuentra muy lejos de la estética y los sentimientos que presidieron la creación de su obra-.

La primera ejecución de la obra de Beethoven tuvo lugar en junio de 1810. En mayo del mismo año, y durante los trabajos de la composición, tiene lugar un encuentro decisivo. Bettina Brentano visita durante 14 días a su hermano Franz (hijo del primer matrimonio de su padre) y a su cuñada Antonie, normalmente residentes en Frankfurt, quienes se encontraban en Viena desde finales del año anterior para tomar posesión de la herencia del difunto padre de Antonie, el consejero de la Corte y liberal político de la época josefinista Johann Melchior von Birkenstock. Beethoven conocía ya desde sus primeros tiempos en Austria a la familia Birkenstock a través de los dos otros grandes liberales, el barón Gottfried van Swieten y el caballero Joseph von Sonnenfels (a los que ya había dedicado la *Primera Sinfonía op. 21* y la *Sonata op. 28* respectivamente), y mantenía con ella una verdadera amistad que continuó durante el resto de su vida, aun después de la partida de Franz y Antonie a Frankfurt a finales de 1812 (Antonie es posiblemente, según el musicólogo americano Maynard Solomon, la "Amada inmortal" de 1812. Otros investigadores optan por Josephine von Brunswick. Para las dos hipótesis existen numerosos y convincentes argumentos). Bettina encuentra a Beethoven y, desde el primer momento y para todo el transcurso de la estancia de la joven en Viena, "no pueden separarse el uno del otro" y van juntos a todas partes. Mantiene largas conversaciones sobre temas humanos y artísticos, y el músico encuentra en esta mujer de 25 años, representante del mundo del Romanticismo, una amiga apasionada, de enorme creatividad, de una formación intelectual no habitual en la sociedad aristocrática que le rodeaba en este momento, una mujer llena de contradicciones que hasta hoy en día no han podido ser comprendidas. La imagen romántica de Beethoven que nos ha llegado a través de los documentos de esta relación es sin duda discutible, pero está claro que la escritora fue una de las personas del comienzo del siglo que mejor supo captar en una forma integral, si bien a su manera, el espíritu del compositor y del hombre.

Bettina es hija de Maximiliane de Laroche, amor de juventud de Goethe. En su afectuosa relación con la madre de éste, a la que conoce desde su tiempo en Frankfurt, es la depositaria de muchos recuerdos sobre la niñez del escritor. Por ello, cuando él decide escribir sus memorias ("*Poesía y Verdad*") encuentra en la presencia de la joven un doble aliciente como mujer y como poseedora de muchos datos que por naturaleza se han borrado ya de su recuerdo (Goethe cumplirá 61 años en agosto de 1810). Pero Bettina es lo que se podría llamar una

mujer emancipada de su tiempo, y a pesar de su inconmensurable admiración por el escritor, no se va a someter a las aspiraciones de superioridad de Goethe; y así va a poner en peligro una vez más su delicado equilibrio interno del escritor con sus explosiones románticas. La pelea se hace inevitable y tendrá lugar en septiembre de 1811 en Weimar, a causa de una discusión con Christiane (Vulpus) Goethe. Hasta nuestros días no se ha aclarado por completo lo que verdaderamente ocurrió; el caso es que Goethe, en defensa de la honra de su esposa se ve obligado a desterrarla para siempre de sus cercanías. La sociedad intelectual de Weimar se pone más bien de parte de Bettina (que desde marzo del mismo año está unida en matrimonio de amor a Achim von Arnim, lo cual elimina ciertas posibilidades de la historia), y esto contribuye aún más al aislamiento de Goethe de sus conciudadanos.

Pero en la primavera de 1810 la relación está todavía en orden, y ella es la que tendrá la idea de unir a los dos más grandes artistas de la época y asumir la función de mediadora. Poco después escribe a Goethe refiriéndole su encuentro con el compositor en Viena: "Es de Beethoven del quien te quiero hablar ahora y con el que olvidé el mundo y a tí". El tono de sus descripciones está lleno de fulgor dramático, e intenta probablemente despertar en el gran Goethe la misma impresión que Beethoven le causó con su música y su persona. Su lenguaje, si bien ya perteneciente a un exaltado romanticismo, traduce una de las visiones más bellas entre los testimonios contemporáneos sobre el músico. Es también una de las escasísimos transmitidos por una mujer que además posee todas las facultades para expresarse literariamente. En el verano del mismo año pasa Bettina algunos días en Teplitz, donde toma los baños Goethe. No cabe duda de que intentará de nuevo establecer el contacto. Pero es difícil alcanzar el mundo donde se encuentra el escritor que además, en la consciencia de su inmensa grandeza, toma noticia sólo con limitaciones –y probablemente con recelos– del intento de acercamiento del compositor. El resultado es que, a pesar de todos los intentos, el camino escogido no parece responder a las esperanzas que se habían puesto en él. Además de esto, hay que citar la casi aversión que su amigo y consejero musical, Zelter, muestra por la música de Beethoven. Y Bettina tiene todavía el valor para contradecir las opiniones del músico berlinés convencida como está de la verdad y la belleza que ha podido contemplar en la presencia de Beethoven. Esto producirá el enfriamiento definitivo en las relaciones con Goethe, que terminarán con la ruptura ya citada poco más de un año más tarde. Una gran parte de la nobleza vienesa –Rasumowsky, Waldstein, príncipe Kinsky, los hermanos Lichnowsky– se encuentra con el escritor en los baños, como todos los veranos. Todos ellos han apoyado en algún momento a Beethoven y son posiblemente, en esta complicada situación, los mejores defensores de su causa.

Beethoven no es en absoluto consciente de todos estos problemas personales y sigue sus propias convicciones. En abril de 1811 escribe su primera carta a Goethe, en la cual, haciendo todavía referencia a Bettina, le expresa su gran admiración; le anuncia el envío de la música para *Egmont* por su editorial Breitkopf und Härtel y le pide su opinión sobre ella. La respuesta de Goethe llega mucho más tarde, en el mes de junio y, si bien algo distanciada, es correcta y amable. Hay que hacer notar que la demora en la contestación de Goethe tiene en cierto modo una justificación. La música para el drama de *Egmont* será enviada mucho más tarde, a comienzos del año 1812. Goethe lo consigna en su diario. Dos años después asistirá a las representaciones de la obra en el teatro de Weimar.

Por lo general, acostumbraba Beethoven a pasar los veranos en alguno de los pueblecitos de las cercanías de Viena. Este año, por consejo de su médico, con la esperanza de encontrar alivio para sus innumerables enfermedades, va por primera vez a tomar los baños a Teplitz acompañado de su amigo y secretario Frank Oliva. Goethe comenzó ya sus visitas a los balnearios bohemios en los años que siguieron a la muerte de Schiller. Marienbad, Teplitz, Karlsbad, Franzesbad son sus lugares habituales, donde va por varios meses para reponer su salud y al mismo tiempo trabajar en tranquilidad. Siendo las pequeñas localidades bohemias lugar de atracción tanto para los alemanes procedentes del norte y centro como para los austriacos, son también un punto de encuentro con amigos y conocidos. Este año va a veranear Goethe a Karlsbad, y sólo pasa por Teplitz en el camino de vuelta a Weimar. De este modo es necesario esperar un año más para que se produzca el encuentro. Beethoven conocerá en este verano a muchas personalidades muy interesantes, algunos de ellos amigos de Goethe, entre ellos Rahel Levin (el de Levin es uno de los salones más importantes de Berlín), su prometido, el escritor Karl August Varnhagen von Ense (también buen amigo de Frank Oliva), el escritor Christoph August Tiedge (autor del texto del lied "*A la esperanza*" que Beethoven había compuesto a finales de 1804 para Josephine von Brunswick) acompañado de la condesa Elise von der Recke, y una joven cantante alumna de Zelter llamada Amelie Sebald que muy posiblemente será el objeto de una pasión pasajera, pero correspondida, de Beethoven.

3. El año 1812

La guerra entre Francia y Rusia aparece cada vez más como inevitable, sobre todo con el incremento de las crisis económicas. La lucha cada vez más brutal por la hegemonía en Europa se proyecta en innumerables conflictos. Uno de los motivos oficiales es el incumplimiento de uno de los acuerdos establecidos en Tilsit con el zar Alejandro, el bloqueo conti-

mental, que debe impedir el comercio con el enemigo tradicional de Francia, Inglaterra. Por parte de Rusia, hay también un recelo por la alianza francesa con Austria a través de la boda de Napoleón con la Archiduquesa Marie-Louise, y ante todo por el establecimiento del Gran Ducado de Varsovia prácticamente delante de sus puertas. En abril lanza pues Alejandro I su ultimátum a Napoleón, exigiendo la retirada total de las tropas francesas situadas en Prusia. Napoleón no contesta de inmediato a Rusia y acude con Marie-Louise a Sajonia para entrevistarse allí con su suegro Franz I y los demás príncipes y monarcas alemanes. Durante el mes de mayo establece su "corte" en Dresde, y las grandes figuras alemanas rivalizan en sus intentos de conseguir el beneplácito del emperador. Para los patriotas alemanes, y entre ellos hay que incluir a Beethoven, es este proceder de sus príncipes casi como una pérdida del honor. Las esperanzas de la recuperación de la libertad desaparecen frente a la humillante sumisión de la aristocracia germana.

El 24 de junio da Napoleón la orden oficial para el comienzo de la invasión rusa (casi exactamente 139 años antes que Hitler en la Segunda Guerra Mundial), al frente de un ejército de 600.000 soldados provenientes de todos los países aliados. La declaración de guerra no ha tenido lugar.

Y en medio de estos acontecimientos históricos comienza la cadena de sucesos que podría calificarse como uno de los puntos culminantes de la vida del gran músico. Internamente se encuentra, como en otros momentos importantes de su existencia, plenamente consciente de su genialidad y de su fuerza, y sus actos se ven caracterizados por esta gran energía y claridad sobre sí mismo.

El 28 de junio se encuentra todavía en Viena. El 2 de julio aparece en Praga, donde encuentra a su amigo Varnhagen. Así mismo tiene una importante entrevista con su mecenas el príncipe Kinsky. A causa de las terribles crisis por las que atraviesa el país, el gobierno austriaco se ha visto obligado a devaluar la moneda de forma radical. Esto supone para Beethoven no solamente graves problemas económicos, sino también la reaparición de sus miedos existenciales crónicos. Las negociaciones son un éxito y recibe de Kinsky la seguridad de una renta adecuada así como la oferta de un adelanto del dinero prometido. Pero Beethoven no puede aguardar a la entrega de este dinero, pues en las fechas del 2 y el 3 de julio ha encontrado en Praga o en sus cercanías a la "Amada Inmortal". Tampoco va a esperar al encuentro que había concertado con Varnhagen. Más tarde se excusará por ello, sin dar razones por su ausencia. No obstante envía el escritor una vez más una recomendación a Goethe para que reciba al músico, según el deseo de éste. Varnhagen describe a Beethoven, con todos sus respetos, como "*wild*" (excitado o exaltado).

El domingo 5 de julio, a las cuatro de la madrugada, Beethoven llega a Teplitz, después de un viaje pródigo en accidentes, y busca un albergue. Y el 6 y 7 de julio escribe la carta a la misteriosa "Amada Inmortal".

Teplitz se ha convertido en un pequeño centro del mundo. En estos momentos se encuentran allí, entre otras muchos relevantes actores de la Historia, el emperador de Austria Franz I y su esposa, Maria Ludovica, su hija Marie-Louise, esposa de Napoleón y emperatriz de Francia, Carl August de Sajonia, y diversos miembros de la nobleza. Y a causa de la guerra, visitas más o menos oficiales de figuras implicadas en el conflicto y sus enviados. Y como consecuencia de todo lo anterior, espías de todos los bandos y policías en gran número.

Carl August pide a Goethe que acuda a Teplitz: "La Emperatriz (Maria Ludovica) parece desear tu venida; si leyeras para ella le causarías mucho placer". Goethe realiza el viaje el 14 de julio. Inmerso en su dramática relación amorosa escribe Beethoven ese mismo día a Varnhagen: "De Teplitz no se puede contar mucho. Pocas personas, y entre estas pocas, nada sobresaliente; a causa de ello vivo en soledad ... ¡solo! ¡solo! ¡solo!"

El 19 de julio hace Goethe una visita de cortesía a Beethoven. Esa noche escribe sobre el compositor Goethe a Christiane: "...tan concentrado, enérgico e íntimo no he visto jamás a un artista. Comprendo muy bien cuán extraño se debe sentir frente al mundo..."

El 20 de julio hacen juntos una pequeña excursión.

Los días 21 y el 23 se producen visitas de Goethe. En este último día toca (de nuevo) Beethoven para Goethe. En el diario del gran escritor, comenta con gran banalidad: "... al atardecer con Beethoven. Tocó deliciosamente".

Por consejo de su médico, parte Beethoven para Karlsbad y poco después para Franzesbad (quizás en un intento de encontrarse de nuevo con la "Amada Inmortal"). Goethe abandona también Teplitz y llega el 11 de agosto a Karlsbad. Allí recibe el 8 de septiembre la última visita de Beethoven. Y sus caminos se separan para siempre.

El 13 de septiembre entra Napoleón en Moscú.

No hay ningún documento escrito que nos relate las conversaciones de los dos grandes genios. Sólo quedan las anécdotas, algunas dignas de crédito, otras no tanto, pero en su conjunto expresando la atmósfera de este encuentro. Entre ellas, la cita de Bettina en una carta al Príncipe Pückler-Muskau, donde se relata el encuentro de los dos hombres con la familia real en un paseo. Goethe, con el sombrero en la mano e inclinándose respetuosamente se aparta hacia un lado; Beethoven, consciente de su genio y su valor propio pasa a través del grupo, con la cabeza cubierta recibiendo él los saludos de los reyes y expresando de esta manera su opinión sobre ellos.

En este tiempo escribe Goethe pequeños poemas en honor de la emperatriz Marie-Louise o ensalzando el bloqueo continental.

La carta de Goethe al filisteo Zelter del 2 de septiembre es como un resumen de sus impresiones del encuentro:

[...] He conocido a Beethoven en Teplitz. Su talento me ha llenado por completo de asombro; desgraciadamente es una personalidad indomable, a quien seguramente no le falta razón cuando encuentra al mundo detestable; pero con ello no lo hace, ni para él mismo ni para los otros, más placentero. Tiene una disculpa y es así mismo digno de compasión, ya que su oído le abandona, lo cual perjudica quizás menos a su parte musical que a la social. Él, de por sí de naturaleza lacónica, lo es todavía más a causa de este problema.

A su vez había escrito Beethoven en una carta del 9 de agosto a la editorial Breitkopf und Härtel:

[...] a Goethe le agrada el aire de la corte más de lo que le convendría a un poeta. No se puede hablar ya sobre las ridiculeces de un virtuoso si los poetas, que tendrían que ser considerados como los primeros maestros de la nación, pueden olvidar por este brillo todo el resto.

4. Tiempo después

En 1814 tienen lugar en Weimar representaciones de *Egmont* de Goethe (en la adaptación de Schiller) con la música de Beethoven. En 1816, durante la última temporada de Goethe como director del teatro se toca por primera vez *Fidelio*.

La última obra de Beethoven sobre un texto de Goethe es la cantata *Mar tranquilo y viaje feliz*, de los años 1814-15. Está dedicada “al autor de la poesía, el inmortal Goethe”. Le envía tan pronto como es posible un ejemplar de la partitura a Weimar. Goethe acusa el recibo de la partitura pero no reacciona al envío o a la respetuosa y bellísima carta de Beethoven.

En 1823 le escribe Beethoven por última vez. El motivo es la *Misa Solemne op. 123*, y el intento del compositor es, con objeto de conseguir un mayor partido económico con su partitura, sacarla primero en suscripción antes de enviarla a una editorial. Pide a Goethe su intercesión en la corte de Sajonia para que el Gran Archiduque se interese por su música. Tampoco obtiene esta vez respuesta a una misiva totalmente conmovedora donde Beethoven habla de “[...] las horas felices pasadas en vuestra compañía” (Teplitz). En cambio es Zelter el que, convertido a la religión beethoveniana, no solamente suscribe él mismo, sino que va a convencer al rey de Prusia para que lo haga también.

Cuando Beethoven está a las puertas de la muerte continúa el silencio de Goethe. Es el director musical de la corte, el compositor Johann Nepomuk Hummel quien, en compañía de su esposa y de su alumno Ferdinand Hiller, parte desde Weimar a Viena, en medio de la nieve, para abrazar una última vez al gran genio. Goethe no hace ningún comentario sobre el viaje de Hummel.

Mucho tiempo después, en mayo de 1830, tiene lugar la última visita de Felix Mendelssohn Bartholdy a Goethe. Contra la voluntad del anciano escritor, interpreta Mendelssohn al piano el primer movimiento de la *Quinta Sinfonía de Beethoven*. Goethe, enormemente emocionado puede decir solamente:

"[...] No se mueve, sólo asombra; es grandioso [...] Es grandioso, fantástico; se podría temer que se derrumbe la casa".

Es quizás la única vez que Goethe supo o pudo expresar una opinión directa sobre la música de Beethoven. ■